



El Arte de no Olvidar o el permanente dedo en la llaga

(Nora Strejilevich, *El Arte de no Olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*, Buenos Aires, Cálculos, 2006, 152 pp. ISBN 950-895-211-3)

por Roberto Rivera Vicencio

Releyendo *El arte de no olvidar* de Nora Strejilevich, este estudio sobre literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay, convengamos las naciones más “europeas” de nuestra América del Sur, en su decir o como a éstas les gusta verse a sí mismas, me hacía recordar las crónicas de Cieza de León, de Juan de Betanzos, Fray Martín de Murúa, de Bernal Díaz del Castillo, las Cartas de Pedro de Valdivia, aquella minuciosa prolijidad narrativa del conquistador, de aquel que al nombrar se va apropiando de esa geografía, rebautizándola de acuerdo a sus parámetros, apropiándose de aquellos hombres para entregarlos en encomiendas, con una tranquilidad de espíritu que como lectores no nos sorprende, – por algo también descendemos de ellos, y nos dejaron las palabras como dijo el poeta – y a la fecha, la otra cara de la moneda, los cientos, miles y millones de arrasados, secuestrados, esclavizados, mutilados, hambreados, abusados, asesinados, a los que de la noche a la mañana se les despojó sin anestesia de su hábitat imponiéndoles un sistema de supervivencia marginal al que nunca se han acomodado del todo, y cuyos testimonios se perdieron en la nada,



porque no les dejamos ni las palabras, algunas páginas por allí de los que después estuvieron obligados a una buena letra, Guamán Poma y el Inca Garcilaso, pero y los otros, sus desaparecidos, sus suicidados, los pasados a cuchillo y espada, qué recuerdo, qué emoción, qué nos queda de ellos que nos hayan transmitido. Ni el grito de dolor. Y vuelvo a un libro anterior de Nora Strejilevich, a *Una sola muerte numerosa* (1997) donde la sola imagen del título sugiere praderas de espanto, de aquellos que no tuvieron ni siquiera las palabras para el registro de lo ininteligible.

¿Será que así se construyen las culturas, las naciones y que el discurso trivial del vencedor termina por fertilizar sobre los campos asolados del despojo?

Este *Arte de no olvidar* me hizo recordar también la geografía de nuestro Chile, y prácticamente por donde indicara con un dedo en el mapa me encontraba con otra desgracia sangrienta, en estos 500 años de palabras, Santa María, María Elena, Ranquil, Neltume, Con Cón, Placilla, Puerto Montt, Ñielol, Walker Martínez..., La Moneda... Podríamos incluso armar otro mapa y dar cuenta de esa otra pasión que marcha y avanza a nuestro lado, ese tánatos que nos acompaña implacable, y que sería una ingenuidad pensar que esta última vez, "este arte" fue una casualidad sin planificación ni sistema, una generación completa desaparecida y vaciada no es fruto de la improvisación.

¿De quiénes fue la idea original? ¿Cuál era el objetivo?

Los funcionarios de la banalidad no se improvisan, los del horror menos, por ello podemos pensar que hubo escuelas, que hay, que siguen habiendo escuelas de funcionarios del horror, que muchos con los cuales convivimos aprueban y repetirían la experiencia de su apoyo tácito, porque además de haber perdido esta "guerra sucia" como han querido llamarla, uno de los objetivos era proyectar esta "razón de la sinrazón" en una suerte de disciplinamiento laboral, estrategias de desinformación, integración obligada y cómplice a través de las AFP o cajas de jubilación y las necesarias deudas a las que el modelo obliga, en un manejo coercitivo y totalitario a través del mercado, incluso del mercado laboral como lo hacen llamar ahora, ojalá sin ningún control. Este paraíso así diseñado con su propia terminología resulta ser una maciza ideología en pleno dominio y administración social, en el cual no sólo los derrotados no nos encontramos y lo vivimos como un exilio, sino que nadie tiene cabida aquí, en esta suerte de fuerza centrífuga, que siempre te arroja fuera del sistema o te tiene al borde y cuya única y breve conciliación se encuentra en los mercados del paraíso infernal, la semana en Playa del Carmen o en Cancún.

¿Será por eso que los reality tienen ese aire de símil con el campo de desaparición?

¿Cómo sales después de allí? ¿Qué prueba es esta? ¿Adónde apunta? ¿Cuánto de tu intimidad queda demolida allí? ¿Qué clase de narración es esta? ¿De qué es testimonio?

Refundar una simbología para una recuperación ética de la comunidad implica en primer término que aquella comunidad en su conjunto pueda distinguir bien



básico, entre mal y bien, cuyos límites las dictaduras borraron; implica reconocer en primer término el mestizaje y asumir su origen violento e invasivo; implica reconocer que el secuestro, así como la violación y la tortura, no son actos ni valientes ni patrióticos, a quienes la palabra patria mantiene siempre alertas; implica que la comunidad pueda dar sepultura a sus desaparecidos y muertos; implica distinguir que quien perdió efectivamente la batalla fue el hombre, ambos perdimos esta batalla; implica que en alguna parte cuando robaste los niños estabas admirando una inteligencia que no eres capaz de generar; implica que el desaparecido es una venganza subalterna, un alguien con cuyas capacidades no puedes competir. Pero nada los volverá a la vida, y la confesión del funcionario tiene, tendría enormes lagunas, inmensas, de los que casi no tiene recuerdos. Este no es crimen pasional, es un crimen razonado, ideológico, donde el hombre carece de importancia ante el modelo.

A través del análisis de las novelas *Preso sin nombre, celda sin número* y la *La escuelita* de los argentinos Jacobo Timerman y Alicia Partnoy respectivamente, *Las manos en el fuego* del uruguayo González Bermejo, y entre las que incluye *Tejas verdes* y *Mis primeros tres minutos* de los chilenos Hernán Valdés y Emilio Rojas, Nora Strejilevich logra internarse y dar cuenta de aquella confusa zona del secuestro, la tortura y la desaparición, ese lugar del que nadie regresa y también por ello, imposible de arraigar en la memoria, recuperado sólo a retazos a través del acto narrativo testimonial como único recurso de recobrar la verdad, de los que pudieron escapar de aquella irrealidad del horror masivo, ese shock colectivo y brutal en el cual la memoria misma se descamina y se pierde; porque todas las distinciones de nuestro mundo colapsan y se confunden, ese espacio fuera del mapa oficial donde el poder experimenta con la condición humana, *el campo*, que no debe entenderse como un hecho aislado sino, como una de las claves de nuestro mundo contemporáneo. La partida destinada a borrar la identidad para inyectar vacío.

El devenir, la banalidad posterior en la que anida "el mal", entre otras, pone de manifiesto la complicidad entre aquellas dictaduras y el proyecto capitalista "neoliberal", el estrecho parentesco entre la exclusión exterminadora y la exclusión social posterior, el carácter de continuidad, donde lo ocurrido no es que no se repetirá, sino que sigue sucediendo, en tanto no se asuma que los juicios no agotan el problema, porque la verdad tiene una consistencia no jurídica más allá del derecho, y no es que los juicios no deban realizarse, pero asumir la responsabilidad moral, tiene valor sí, y sólo sí, se está dispuesto a sufrir las consecuencias jurídicas. Sólo a través de políticas guiadas por una exigencia ética que establezca distinciones mínimas para salir de esta zona gris en la que nuestra sociedad nada desde entonces, que pasó sin solución de continuidad de la tragedia a la farsa, harán posible que surja una simbología refundacional que incumbe a la sociedad en su conjunto y no sólo a los afectados directos; cuando del bloque de hielo, símbolo de la patria inmaculada que se instaló en España, ya no queda en la memoria ni el cubo para el último brindis y la



justicia permite entrever el horror de los que no dejaron ni un mensaje, ni una palabra, ni siquiera un cuerpo.

Este libro no llega a conclusiones. No puede. No hay ciencia del dolor y la tragedia. Los sobrevivientes al testimoniar reconocen la derrota política – porque se asesinó una forma de ser en el mundo – pero se niegan a aceptar una derrota ética.

Roberto Rivera Vicencio

Santiago de Chile

r.rivera@vtr.net